

El 3 de Julio de 1943, hace cincuenta años, se inició la atención de pacientes en las salas de nuestro Hospital Clínico. Cincuenta años son un largo camino, y el momento de cumplirlos invita a una reflexión.

Es el momento de darle gracias a Dios porque ha hecho esta obra entre nosotros; porque ha inspirado el esfuerzo de generaciones de hombres y mujeres que, en medio de todas sus debilidades e inconsecuencias, no han perdido la inspiración de servir al Señor en la noble acción médica, y que nos mueve hoy, conscientes de nuestras propias fallas y de nuestra radical insuficiencia para haber logrado lo que se ha conseguido, a decir, nosotros también: "venid y ved cuán grandes son las cosas que ha hecho el Señor por mi vida".

Durante muchos años mi trabajo estuvo ligado a la Facultad de Medicina, primero como alumno, y como profesor después. Empecé a frecuentar el Hospital como alumno del tercer año, en 1944, al año siguiente pues de la fecha que hoy conmemoramos. Conocí la humildad de sus comienzos. Apenas unas salas de Medicina Interna y Cirugía General, con algunas especialidades esbozadas, más como intereses especiales de algún médico que como disciplinas constituidas; un pequeño servicio de Radiología, un modesto laboratorio, un servicio de enfermería incipiente servido por unas pocas inolvidables religiosas competentes y abnegadas. Casi podría decirse un embrión de Hospital docente que nacía en un momento en que existían ya en Santiago, y desde hacía largo tiempo, hospitales establecidos y respetados desde los que se miraba con asombro y con alguna sorna a esta entidad nueva y modesta.

Pero mínimo como aparecía, este Hospital era la realización de un viejo sueño, la culminación de un esfuerzo accidentado y paciente de más de medio siglo. Ya en enero de 1888, aun antes de fundarse la universidad, la Junta Promotora del Proyecto se refería a la eventual creación de una Facultad de Medicina a la que calificaba de "...más costosa que todas en cuanto exige un profesorado numeroso y difícil de procurárselo, vastos locales y un hospital...", y esbozaba la idea de un hospital "...el cual sería atendido por los profesores de la Escuela de Medicina, a la vez que éste serviría de práctica para los estudiantes de ésta...." y se planteaba la combinación con el Pensionado del Carmen.

Cómo no tener hoy un recuerdo agradecido hacia tantos hombres y mujeres que pusieron sus oraciones, su fervoroso entusiasmo y sus fortunas, al servicio de una idea que aparecía en un comienzo irrealizable. Hemos rezado hoy día por las almas de nuestros benefactores y de los que impulsaron de innumerables maneras el proyecto, por la del rector Carlos Casanueva, por las de Don Fernando Irrázaval Mackenna y su familia, por las de tantos cuyos nombres recordamos, y por las de aquellos que sólo Dios conoce. No podían por cierto prever cuál iba a ser la magnitud y complejidad de la obra que estaban intentando; si se hubieran detenido mucho a analizarlo, tal vez no se

habrían atrevido porque sus medios humanos les habrían parecido muy cortos. Pero pensaron que esto era indispensable para la educación católica, y entonces pusieron simplemente su confianza en el Señor.

Quisiera, sin abusar del tiempo de ustedes, referirme a tres cosas que me parecen particularmente dignas de ser destacadas en esta ocasión, principalmente para compartir con ustedes, médicos de este hospital y con nuestros amigos que nos acompañan, algunos temas que deben ser centrales en el quehacer médico en nuestra universidad, cosas que a veces se han hecho muy bien, y que en otras ocasiones se han visto postergadas, de modo que, por un lado, el ejemplo y el recuerdo de lo bueno, nos estimulen y nos entreguen un espejo en el que mirar reflejada y juzgada nuestra propia conducta, y por otra parte tomemos conciencia de algunas condicionantes básicas del trabajo de este Hospital Universitario hoy día. Quiero hablar primero de la docencia, luego del significado del hospital para la medicina chilena, y finalmente de nosotros frente a nuestros enfermos.

A.- La docencia.

Lo primero que encontré al llegar como alumno al Hospital fue la acogida. No podré olvidar mientras viva, el cálido interés del Profesor José Manuel Balmaceda por nosotros, ni el afecto profundo y austero que nos dispensaba el Profesor Rodolfo Rencoret. Eramos importantes, no por que se nos atribuyera ninguna influencia especial por ser la juventud, sino porque estábamos allí para formarnos junto a ellos, porque éramos en cierta medida la razón de ser de lo que hacían. Y al respetarnos y apreciarnos, sin cerrar los ojos a nuestras debilidades nos enseñaban a respetar y apreciar a otros, y en primer lugar a los enfermos. Había una escuela de humanidad, y era una cosa tan bella que después andando el tiempo y cuando nos tocó a nosotros enseñar, no queríamos mejor cosa que seguir esa escuela, que miraba en cada alumno a la persona, y era capaz de alegrarse con sus éxitos y dolerse de sus fracasos. Quisimos ser imitadores de esos maestros de excepción, y ahora, en la tarde de la vida me pregunto, si fuimos capaces de enseñar aquello que recibimos e imitamos. En todo caso, quiero dejar aquí público testimonio de eso que viví, y en el nombre de esos maestros de ayer, recordarles de nuevo a todos los médicos, que esto es un hospital universitario, un hospital destinado a instruir en la más sofisticada arte médica, pero obligado a ser siempre escuela de humanidad, y que no hay verdadera medicina, por avanzada que ella sea, que no incorpore la voluntad de transmitir el saber médico, la disposición benévola hacia pacientes, alumnos, colaboradores y colegas: esa es la grandeza de la Medicina, ese es el legado de Hipócrates, el profundo reclamo de la naturaleza humana, esa es la vocación del médico cristiano. El día (que Dios no permita) en que esa aspiración de humanidad llegara a extinguirse, ese día nada de esto que nos alegra y enorgullece tendría sentido ni valor. Mantenerlo vivo es la herencia que está en sus manos. Y a cada uno de nosotros se nos dice con la palabra del poeta: "la herencia que has recibido, lucha para hacerla tuya".

B.- El significado del Hospital frente a la Medicina chilena.

La Universidad enseña no sólo por lo que les entrega a sus alumnos como formación profesional, sino también por medio de los grandes modelos institucionales que le presenta a la sociedad chilena.

Ahora, si uno revisa los fragmentarios documentos que nos quedan y en los que se menciona desde comienzos de siglo la idea de crear un hospital para la práctica de los alumnos de Medicina, se percibe la intención de darle a la futura Escuela una personalidad definida y distinta. No bastaba para los fundadores con la posibilidad de usar establecimientos ajenos, aun cuando por cierto no la excluían. El médico se ha de formar en un ambiente, en una escuela, en un grupo, y si se quería que esta escuela tuviera un sello distintivo, le era necesario un hospital propio.

Yo creo que todo el país sabe que esa aspiración ha tenido una historia de notables alcances. Este centro empezó siendo un pequeño hospital docente cuya calidad crecía por el esfuerzo y el estudio de las personas; y luego, progresivamente, y casi de modo insensible se fue transformando en un centro de medicina científica de alta calidad. Sus series clínicas, sus procedimientos diagnósticos y terapéuticos, la variedad de sus especialidades, el nivel de su investigación experimental y clínica, lo fueron transformando - quiero decirlo sin jactancia, pero no sería lícito callarlo, porque tengo conciencia de que es íntegramente un regalo de Dios - lo fueron transformando digo, en un centro de referencia nacional y regional de primer orden, en un punto obligado de comparación y en el líder indiscutido en muchas especialidades médicas. Esto es parte de la misión de la universidad. A través de centros como este, la universidad da la medida de lo que se puede y lo que se debe hacer, muestra cómo son factibles cosas que parecían inalcanzables en un medio como el nuestro, y aporta una esperanza de solución de problemas graves de salud a muchas personas. Es una forma de hacer docencia médica distinta de la convencional, y que se expresa de dos maneras principales: los especialistas formados en el hospital, y el testimonio de la acción del hospital. Nuestros especialistas, becarios, médicos que han hecho aquí su residencia, son la siembra que hemos repartido por todo el territorio. Un médico formado en un centro de alta exigencia se transforma en un líder de salud allí en donde le toque trabajar. Nuestros programas de formación de post-título y de especialización, nuestra atención de becarios constituyen una contribución de primer orden al progreso de la Medicina chilena. Pero también, como lo esbozaba hace un momento, la sola existencia del hospital ha servido y sirve como punto de referencia en el desarrollo del arte médica nacional. En muchos momentos ha podido decirse que era una especie de reserva tecnológica médica, en el sentido de que aquí se introducían al país procedimientos de avanzada. Y finalmente, la investigación científica, tanto la clínica como la experimental, han recibido un fuerte impulso, gracias a trabajos y hallazgos que han significado contribuciones valiosas a la ciencia médica mundial.

Constreñido por el tiempo, no puedo hacer una reseña siquiera medianamente completa de esos aportes, y entonces prefiero no individualizar ninguno para no hacer selecciones que podrían sonar a arbitrarias y que no corresponderían a un día de celebración como este. Lo que sí quisiera enfatizar es que este rol central del hospital no estuvo nunca entre las cosas que se pensaron al proyectarlo y al fundarlo. Se dio

como el resultado natural de un esfuerzo inicial modestísimo, pero rectamente inspirado, y trabajado con amor y con dedicación. Los medios materiales fueron llegando a servir el desarrollo de una idea, y a darle una forma acorde con el desarrollo mundial de la Medicina. Los que dimos aquí nuestros primeros pasos en la vida hospitalaria, sabíamos que esto era mucho más débil, incipiente, insuficiente que otros centros médicos de la ciudad. Pero éramos también conscientes de que la obra que aquí iba tomando forma estaba movida por un intransigente anhelo de perfección, y por un espíritu de entrega contagioso. Quisiera recordar que lo primero en que notamos nosotros los alumnos de entonces que aquí había una semilla universitaria distinta, fue cuando vimos instaurarse ya en 1943 un plan de enseñanza médica de pre-grado íntegramente renovada, que era una primicia para el país. Era algo modesto, pero era decisivo.

También quiero recordar otra cosa sobre la que insistiré más adelante. Los precursores o anticipadores de la fundación del hospital, no tenían ningún idea de lo complejo que era lo que proyectaban hacer. Pero los iniciadores, sí que lo intuían. Y ellos no querían un sitio en que la atención de salud, por ser dada a personas de modestos recursos económicos, fuera de mala calidad. Estructuraron una combinación de atención privada y atención institucional que aseguraba que la calidad y oportunidad de la acción médica fueran óptimas para aquel tiempo, incluso para personas pobres. Único entre los grandes centros asistenciales del país, este hospital extendía una calidad pareja de atención médica a personas de recursos económicos muy distintos. Eso también empezó muy en pequeño, pero se ha ido extendiendo hasta el punto de que creo sinceramente que hay todo un sector de población que no encuentra en ninguna parte una atención médica que sea comparable a la que encuentra aquí.

La lección que dejan los modestos inicios, es la de la fecundidad de aquel estilo humilde con esa cuota siempre presente de amor y de creatividad, porque ocurre que cuando las instituciones humanas alcanzan muchas metas largo tiempo aspiradas y parecen fuertes y triunfantes, ellas corren como nunca el peligro de la autocomplacencia, el riesgo de que las aspiraciones o deseos individuales se sobrepongan sin contrapeso a las aspiraciones colectivas, de que prime el egoísmo sobre el trabajo común. La historia enseña que si no se le pone atajo, esa tendencia termina dañando, no sólo la vida colectiva, sino la vida personal de los que están involucrados. Y es natural que así sea, y es saludable que así sea. Mientras estemos en el tránsito que es esta vida, ninguna perfección nos está garantizada. Tenemos que luchar a diario, pero luchar principalmente para mantener el espíritu que hizo y que hace que esta obra sea posible.

El desarrollo del hospital se acompañó paulatinamente por la llegada de numerosos profesionales del equipo de salud: enfermeras, tecnólogos, nutricionistas, profesionales de salud de diversa índole que significan la más valiosa contribución al conjunto de nuestro trabajo. La calidad técnica y humana con que se desempeñan, el sentido de responsabilidad con que recuerdan siempre que, por más que a veces su trabajo se desarrolle alejado del enfermo, y alejado de la enseñanza, es sin embargo vital para los dos, son factores decisivos en la vida del Hospital. Junto a ellos, los administrativos de

todos los rangos, y el personal auxiliar, merecen ser mencionados en esta hora, porque su sentido humano y su abnegación son elementos esenciales en la marcha del trabajo común.

No he mencionado a estos grupos sólo por motivos de gratitud y de justicia, sino para recordar que entre nosotros ha surgido un equipo hospitalario y de salud de grandes proporciones. Eso plantea problemas de administración, problemas técnicos nuevos, que deben encararse con los medios que en cada caso parezcan adecuados. Pero, básicamente significa que la convivencia armoniosa y productiva que beneficia a los pacientes, a los alumnos, a cada uno de los miembros del hospital y a la propia universidad, es tarea de todos. Tarea, significa que no es una cosa que surja sin trabajo, sin dedicación. Vivir un hospital requiere una atención constante de parte de todos, un respeto recíproco, un sentido de servicio ineludible. Dentro de las posibilidades reales del hospital, y sin embarcarse en soluciones utópicas, eso demanda un espíritu de solidaridad y de equidad. La tarea de cada día es construir una comunidad de trabajo.

C.- He querido dejar para el final a los pacientes de nuestro Hospital. Tenemos una deuda gigantesca de gratitud hacia tantas personas que han confiado su salud a nuestra institución, y a los que quisiéramos servir en la mejor forma posible.

Nuestro compromiso es claro. Estamos obligados, como hospital y como hospital universitario a ser una institución confiable que otorgue una atención médica que reúna tres características: eficiente, oportuna y humana.

Son muchos los millares de enfermos que pueden atestiguar que es eso lo que han recibido, y es justamente por eso por lo que nuestro hospital tiene una altísima demanda de servicios.

Hay sin embargo una cuestión que no quiero dejar sin abordar y que nos causa una constante inquietud, y es que el costo de nuestros servicios médicos los pone fuera del alcance de muchas personas que no tienen los medios suficientes para hacerles frente, y nos duele que puedan sentir que su suerte nos es indiferente.

La razón de lo que ocurre es otra, y puede entenderse claramente. El conjunto de nuestro hospital no deja utilidades, no deja excedentes de los que podamos disponer. Por el contrario, nuestra operación alcanza a financiarse, gracias a un subsidio del presupuesto central de la universidad. Todo el mundo sabe que la administración de este hospital es una de las más eficientes del país. Por lo tanto, si se toman todas estas cosas en su conjunto, ello significa que lo que el hospital cobra es lo que efectivamente le cuesta a él el servicio que presta, y que si deja de cobrárselo a alguien, serían los otros enfermos los que tendrían que pagarlo, y que eso no podría ser de otro modo por cuanto no existen ingresos suplementarios como subsidios o subvenciones. Es claro que si se comparan nuestros precios con los de los hospitales públicos, uno se encuentra que los nuestros son más altos. Pero no podría ser de otra manera desde el momento en que nosotros no recibimos subsidios especiales del

Estado ni de ninguna otra institución. Y ocurre que para mantener su actividad al día y dar el servicio eficiente y oportuno, un hospital moderno debe realizar cada año cuantiosas inversiones, que no son lujos sino necesidades de salud y que benefician a los propios pacientes. Todo eso, la depreciación de nuestros equipos y edificios, la reposición, la mejora de nuestros materiales, tenemos que financiarlo nosotros mismos. Es evidente que eso establece una diferencia muy importante con la situación de los hospitales públicos, y encarece inevitablemente la atención.

Sin embargo, de alguna manera tenemos que ayudar a financiar nuestro reequipamiento, nuestro constante progreso, la reposición del equipo envejecido. Y en parte lo hacemos gracias a que seguimos con la política establecida desde la fundación del hospital. Junto a la atención institucional, funciona aquí la atención médica privada cuyos excedentes institucionales no son para el lucro de propietarios o accionistas sino para subsidiar la atención institucional. Este sistema, establecido y defendido siempre por nuestro primer director, el Dr. Rodolfo Rencoret, tiene varias ventajas. La primera es la que mencionaba, o sea, la de generar un excedente que viene en ayuda del sector de atención institucional el cual comprende alrededor de los dos tercios de nuestros pacientes hospitalizados. La segunda, es que permite una concentración muy alta de médicos de excelente calidad que desarrollan buena parte de su trabajo profesional en este mismo sector, por remuneraciones institucionales que son bastante bajas, y que pueden hacerlo gracias a que atienden a su clientela privada en este mismo hospital. Si no contáramos con esa atención privada, no tendríamos esos excedentes para tonificar nuestra operación, y el costo de nuestro personal médico sería prohibitivo para pacientes de escasos o medianos recursos.

A estos recursos adicionales, habría que agregar todavía las cuantiosas inversiones hechas por grupos médicos, para financiar el progreso de sectores del hospital.

Finalmente, con profunda y entrañable gratitud, hay que recordar la larga serie de insignes benefactores, y los otros muchos que han donado cantidades que eran pequeñas en sí, pero grandes en su significado humano. Son ellos los que nos han ayudado a establecer y a mantener esta gigantesca operación. No quiero mencionar sino los nombres de unos pocos ya fallecidos: Don Fernando Yrarrázaval Mackenna, a quien ya me referí, y las personalidades extraordinarias que fueron Siegfred Gildemeister y Gabriela Grisar de Gildemeister, sin cuya visión de futuro nuestra cirugía de tórax y nuestra cirugía de corazón habrían demorado quizás cuanto en nacer.

Me he detenido sobre este asunto tedioso, porque nuestro hospital no puede ni debe abandonar su compromiso con los enfermos pobres. De hecho, eran estos, así como los sacerdotes y religiosos de ambos sexos los que se quería atender de preferencia, en tiempos pretéritos, cuando la atención hospitalaria era poco más que un hospedaje, era una cosa barata, ciertamente poco eficiente, pero también de mínimo costo. Hoy, debido al progreso de la Medicina, las cosas han cambiado radicalmente, y necesitamos la colaboración de nuestros amigos y de todos lo católicos si queremos que pacientes pobres puedan recibir entre nosotros, conforme al propósito de nuestros fundadores, una medicina oportuna y eficaz. Un ejemplo particularmente interesante

en esa dirección o constituyen nuestras conversaciones con la Mutual Pax del Episcopado.

Hay sin embargo una lección inescapable, que me interesa destacar: los costos reales de la atención médica son mucho más altos que las cifras que se suelen manejar en la opinión pública. Aquí lo sabemos porque somos nosotros los que debemos afrontarlos en su integridad. Este hospital no es sólo un punto de referencia para la calidad de la atención, sino para su costo real. Al llevarle buena medicina a muchísimos pacientes sin cargar más que su costo, estamos trabajando en la misma dirección que nos prescribe la tradición de la universidad, y estamos sirviendo a la medicina y al país, pero estamos mostrando las reales dimensiones de un problema que sacude también a grandes naciones como lo atestigua el reciente plan de salud del Presidente Clinton, con sus costos siderales. Las personas deben encontrar en la sociedad los instrumentos que les permitan acceder dignamente a la salud. Es mucho lo que se ha hecho y lo que se está haciendo en Chile para lograrlo, pero claramente no es todavía suficiente. En todo caso es impensable que una sola institución como es la nuestra llegue a darle una solución satisfactoria a un problema tan vasto. Tendremos que seguir haciendo todo cuanto podamos; pero a lo imposible, nadie está obligado.

La visión que presentaba simplifica obviamente las cosas y pasa por alto los muchísimos problemas, incluso las inequidades que un sistema tan complejo tiene que afrontar. Pero ella resume la dirección en que quisiéramos andar para hacer de nuestro hospital un centro de atención para pacientes de todos los estratos sociales. Quiero agregar sólo que somos profundamente conscientes de muchas fallas en este aspecto, pero que ninguna falla nos desanimará en el intento de hacer siempre de esta casa, técnicamente sobresaliente y financieramente tan difícil de operar, una escuela de humanidad y un centro de auténtica acogida a los que sufren.

En esa dirección están de nuevo llamados los que aquí trabajan. Es al Señor a quien se sirve en el enfermo. Es al Señor a quien se sirve en el estudiante, como en el compañero de trabajo, y sabemos que El que nos congregó aquí no desatenderá nuestra oración y nuestro esfuerzo por hacer de este sitio, cada vez en mayor medida, un sitio de superación en el servicio, y para ayudarnos a limpiar nuestro trabajo de todo lo que lo aparte de ese camino.

No he tenido temor de alargarme. Cincuenta años es un tiempo prolongado, y los que los hemos vivido cerca de esta institución, hemos sido testigos de tantos, esfuerzos generosos, tantos caminos emprendidos, tantos éxitos y fracasos, tanta noble y silenciosa entrega, también tantas debilidades e infidelidades, que tenemos conciencia de que hay en esto más que obra de los hombres un designio de Dios en nuestra historia médica nacional. Y al esbozar esta descripción de algunos rasgos fundacionales y su desarrollo en el tiempo, me ha parecido que estaba simplemente dándole gracias a Dios que nos ha dado el poder, el querer y el hacer, pidiéndole que perdone nuestras fallas y que nos haga dignos de continuar en Su servicio.